

93 *Una vida, UNA NOVELA*

TYRONE POWER

UN MUCHACHO
QUE CRECIO EN
LOS ESCENARIOS

—*—
Acomodador
de teatro, se
enamora
de una
taquillera
—*—

DOS MUJERES
EN SU VIDA:
ANABELLA
Y
LINDA CHRISTIAN



2

PTAS.

¡De próxima aparición!

JUDY GARLAND.— La historia de una gran actriz que estuvo a punto de destrozar su carrera al no saber dominar el nerviosismo ni controlar la excitación producida por unos comienzos demasiado rápidos. Un agente de publicidad se enamoró de ella cuando ya se la consideraba una estrella perdida, consiguiendo colocarla de nuevo en el puesto que ocupó en los Estudios.



Una vida, UNA NOVELA

ROBERT TAYLOR



¡Están a la venta!

ROBERT TAYLOR.— Comenzó a ganarse la vida como componente de un trío musical, pero el destino decidió ser benévolo con él. Su carrera cinematográfica ha sido fácil y rápida. Durante once años fue feliz al lado de Bárbara Stanwyck. No obstante, el matrimonio se deshizo inesperadamente. Ursula Thiess, una actriz alemana poco conocida, es su segunda esposa.

RITA HAYWORTH.— Hija de un bailarín español, comenzó a bailar como profesional a los catorce años de edad. Su primer marido la convirtió en la maravillosa mujer que es en la actualidad. Orson Welles le dio cultura y refinamiento, y Alí Khan la hizo princesa. Finalmente, ha encontrado la felicidad al lado del cantante Dick Haymes.



UNA VIDA, UNA NOVELA

TYRONE POWER

- ◆ *Ha pretendido vivir una vida tranquila sin conseguirlo.*
- ◆ *Sus éxitos en la pantalla están en contradicción con sus fracasos amorosos.*
- ◆ *¿Recuerda ahora a su primera mujer?*

Volumen n.º 23
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
Núm. 2. — JOHN WAYNE
Núm. 3. — HEDY LAMARR
Núm. 4. — ERROL FLYNN
Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
Núm. 6. — MARILYN MONROE
Núm. 7. — GARY COOPER
Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
Núm. 9. — ROCK HUDSON
Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
Núm. 11. — CLARK GABLE
Núm. 12. — LESLIE CARON
Núm. 13. — GREGORY PECK
Núm. 14. — GRACE KELLY
Núm. 15. — FRANK SINATRA
Núm. 16. — SILVANA MANGANO
Núm. 17. — VAN JOHNSON
Núm. 18. — AVA GARDNER
Núm. 19. — ALAN LADD
Núm. 20. — SUSAN HAYWARD
Núm. 21. — ROBERT TAYLOR
Núm. 22. — RITA HAYWORTH
Núm. 23. — TYRONE POWER
Núm. 24. — JUDY GARLAND

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

*Derechos reservados
Copyrigth by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

El telón cayó por quinta vez, mientras el público que llenaba la sala seguía aplaudiendo frenéticamente. Patia Reaume, la primera actriz, se retiró apresuradamente a su camerino.

—No, no, Patia. No te retires todavía. El público quiere verte otra vez. ¿No lo oyes? No cesa de aplaudir llamándote a escena —dijo su esposo.

—No puedo más, Tyrone. Estoy a punto de desmayarme. Sal tú solo, te lo ruego...

El marido comprendió y asintió en silencio. Cuando al fin el público cesó de aclamarles, corrió presuroso junto a su mujer. Patia, en efecto, estaba extenuada. Aguardaba a su primer hijo, y a pesar de lo avanzado de su estado, no había querido interrumpir su actuación. Era una mujer fuerte y valerosa, que había soportado hasta el último instante, con un estoicismo ejemplar, sus obligaciones de artista mimada por el público. Pero ahora estaba cansada; no podía seguir soportando las luces de las candilejas, la tensión constante de enfrentarse todas las noches con el público, las largas tiradas de versos, el calor agobiante de aquellos pesados trajes de época... Tyrone Power y Patia Reaume encabezaban una de las primeras compañías de teatro clásico de Nueva York. Juntos habían trabajado desde que se conocieron y constituyan una de las parejas artísticas más solicitadas por los empresarios. Aquella noche representaban «Romeo y Julieta» y a Patia le parecía grotesco y hasta impudico encarnar a la dulce y pura heroína de Shakespeare encontrándose en aquel estado.

—¿No lo comprendes, Tyrone? No puedo continuar... El pequeño está a punto de venir al mun-

do... Y tú no querrás que nazca en plena representación, ¿verdad? Hasta ahora no puedo quejarme de él. Es un niño muy considerado; me ha dejado trabajar sin darme la menor molestia. Pero esta noche, por primera vez, le he sentido tan vivo, tan a punto de irrumpir en la vida... que he tenido miedo. Termina la temporada sin mí, querido; quedan ya muy pocas funciones y Margot, la suplente, puede ocupar mi puesto sin ningún temor... Conoce al dedillo todos mis papeles... Yo me iré a casa de mamá y aguardaré allí, como otra mujer cualquiera, la llegada de nuestro hijo.

—Sí, Patia, creo que tienes razón. Es imprudente que sigas trabajando en este estado... Ya nos arreglaremos sin ti. Lo importante ahora es qué tú descances y lleves una vida ordenada y metódica.

Quedó, pues, convenido y Patia se trasladó a casa de su madre, en la ciudad de Cincinnati, Ohio, donde como ella sospechara, muy poco tiempo después, el 5 de mayo de aquel año de 1914, venía al mundo el hijo tan esperado. Era un chico pequeño, moreno. Su padre no cabía en sí de gozo.

—Fíjate, Patia —solía decir a su mujer—. Según como le hables, el pequeño parece ya conocer cuál es la realidad y cuál la ficción... Este niño ha venido a colmar todas mis ilusiones. Con él, la tradición de los Power en el teatro no se extinguirá todavía... Tiene pasta de actor: basta verle. Su abuelo lo fue, su padre lo es y él lo será también, cueste lo que cueste... Y un magnífico actor, además... Ya verás... Yo me encargo de ello. Y cuando seamos viejos, será para nosotros un orgullo seguir viendo en las fachadas de los primeros teatros el nombre de Tyrone Power destacando, inmutable, en grandes letras luminosas...

—Por Dios, Tyrone... ¿No crees que es prematuro hacer planes para el futuro del niño? A lo mejor no quiere ser actor, sino médico, abogado, ¡qué sé yo!

—No se lo consentiré, Patia. Nosotros pertenecemos al teatro; no podemos haber engendrado un hijo que reniegue de nuestra profesión. Déjamelo a mí y ya verás lo que hago de él. Además, la herencia puede mucho, querida.

Así fue cómo el pequeño Tyrone fue educado y criado, desde los primeros días, para el triunfo. Cuando apenas contaba tres meses de edad, el matrimonio Power firmó un contrato con la «Famous Players», para trabajar en el cine. Al año, se trasladaron a Hollywood bajo contrato con la «Seling Pictures». Tyrone era un muchacho agresivo, voluntarioso, que demostraba una gran ambición, pero era de constitución débil. Por ello, cuando le ofrecieron a su padre el primer papel en la obra «Chu Chin Chow», que le obligaba a trasladarse a Nueva York, Ty tuvo que quedarse en California con su madre y su hermana. En aquella época, los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial. Su padre fue movilizado y su madre tuvo que alternar sus actividades en la Cruz Roja con la escena. Aceptó el principal papel femenino de una obra religiosa que se representaba todos los años en una vieja iglesia del valle de San Fernando, y durante cinco años el pequeño Ty vivió prácticamente en el camerino de su madre. Acostumbrado a la peculiar atmósfera de entre bastidores y jiras teatrales, muy pronto el escenario dejó de

tener secretos para él. Conocía todos sus rincones, todos sus trucos, y su mayor diversión era presenciar los ensayos y representaciones. Tenía ya siete años y consideraba una injusticia que no le hubiesen asignado todavía ningún papel. Su madre le decía a menudo:

—Pero, Ty, hijo mío... Eres demasiado pequeño todavía... Primero tienes que estudiar, que instruirte... Luego, ya veremos.

—¡Estudiar! ¡Bah, qué tontería! ¡Con lo divertido que es todo lo que se aprende aquí! Si tú quisieras, mamá... El señor Martín, el empresario, te aprecia mucho... ¿Por qué no le hablas?

—Pero, hijo...

—Anda, mamá, prométemelo... Prométeme que a la primera ocasión le hablarás de mí...

—Está bien, lo haré. Pero tú prométeme ser bueno, hijo, no enrometerte en la vida del teatro, no hacer rabiar a los tramoyistas... Mira que un día vamos a tener un disgusto serio...

Pues la verdad es que el pequeño Ty era una tarabilla. Fisgoneaba en todas partes, sabía hacer todos los menesteres de entre bastidores, desde bajar el telón, a colocar un decorado, hacer de apuntador, provocar cualquier clase de ruido necesario a la representación... Todo era un juego para él, el más divertido de todos los juegos. Las gentes del teatro le querían, aunque algunas veces hubieran deseado verle muy lejos de allí. En cierta ocasión en que el chiquillo estuvo más revoltoso que de costumbre, un malintencionado le encerró en los sótanos, en el guardarropa. Ty estuvo golpeando a la puerta durante horas y horas. Cuando al fin bajó la mujer encargada del vestuario a echar una última ojeada a los trajes, le encontró acurrucado

en un rincón y temblando de miedo. Fue aquella una impresión que el niño no pudo olvidar en mucho tiempo. Cada vez que se imaginaba encerrado en un lugar pequeño, Ty se sentía sobrecogido por la más horrible sensación de pánico. Aquella noche, su madre tuvo que recurrir a todos los medios para calmarle y conseguir que se durmiera. A la mañana siguiente, para consolarle y borrar la mala impresión recibida, Patia le llevó a presencia del empresario del teatro.

—Señor Martín, ¿recuerda lo que hablamos ayer? Le he traído al pequeño... —dijo, empujando suavemente a su hijo hacia adelante.

Ty estaba un poco emocionado, pero no se turbó. Avanzó resueltamente hasta colocarse frente al señor Martín.

—¡Vaya, vaya, con que aquí tenemos al futuro gran actor! Pero, vamos a ver, ¿tú que te has creído que es el teatro, mocoso? ¿Un juego? ¿Qué papel ibas tú a representar, ni qué diablos sabes hacer? Vamos, habla... —dijo el señor Martín, con un tono nada tranquilizador.

—Yo... Verá... Yo haría cualquier cosa... Lo que usted me mandara... Pero, quisiera salir ahí fuera... siquiera una vez... Déjeme usted, se lo ruego...

Los ojos del pequeño expresaban tanta ansiedad, tanto deseo, que el empresario se enterneció y prometió que le daría a prueba un pequeño papel en la obra «La golondrina», que se estaba ensayando en aquellos días. Ty saltó, brincó, gritó de alegría:

—¡Oh, gracias, señor Martín, muchas gracias! Ya verá usted lo bien que lo voy a hacer...

—Entusiasmo no te falta, desde luego... ¿Sabe

una cosa, señora Power? Tal vez el chico tiene razón... Hay que darle una oportunidad... ¡Quién sabe! «De casta le viene al galgo»... Su abuelo era un cómico excelente. Yo le recuerdo todavía en sus últimas actuaciones, en Irlanda... Era un hombre extraordinario... Y ustedes... En fin, no sería una sorpresa para nadie que el chico resultara un excelente actor...

—Gracias, señor Martin. Y Dios le oiga...

Los días que precedieron a su debut Ty no pudo dormir, ni comer, ni jugar... Aquella representación suponía para él todo un mundo, todo su mundo... ¡Al fin iba a salir a escena! Pero no como otras veces, con el teatro vacío y apagado para recoger lo que los otros, «los grandes» —como él llamaba a los actores— habían dejado allí abandonado. No, no, esta vez iba a debutar ante el público de verdad, un público que quizás le aplaudiría y aclamaría como aclamaba a sus padres. Ellos se sentirían orgullosos de él. Lo cierto era que el señor Power no cabía ya en sí de gozo al pensar que su hijo, su pequeño Ty, iba a empezar aquella noche su carrera teatral. Claro que el chico era aún muy pequeño, que no sabía nada de nada y que no habría más remedio que mandarle al colegio, como tan sensatamente opinaba su madre. Pero, por el momento, no quería pensar en nada que no fuera aquella ilusión de ver a su hijo trabajando a su lado. Cuando se levantó el telón y le tocó el turno de salir a escena, su padre le dio una fuerte palmada en el hombro y le dijo:

—Animo, muchacho. No puedes fracasar. Recuerda que eres un Power y que ese nombre te obliga a mucho. ¡Vamos a escena!

No fracasó. El voluntarioso Ty conquistó un

verdadero éxito aquella noche con su breve actuación. El público le aplaudió, le obligó a salir a saludar y a la mañana siguiente la crítica del diario local le citó en términos francamente elogiosos. El señor Martin, el empresario, quería a toda costa contratarle para toda la temporada. El señor Power, emocionado y feliz, forjaba planes para el futuro teatral de su hijo... Pero Patia se mostró inflexible.

—No, no, Tyrone. No puede ser. El niño tiene que estudiar. Ha cumplido los siete años y apenas sabe lo poco que yo he podido enseñarle. Debemos enviarle al colegio cuanto antes. Después, ya hablaremos de su porvenir teatral... Además, no me gustan los niños prodigo, querido... Me dan horror.

—Pero, mamá...

Fue inútil. El feliz inicio de la carrera teatral de Tyrone Power III terminó... en las aulas de la Academia San Javier. Durante diez años, Ty se afanó por aprender una porción de cosas que, en realidad, no le interesaban nada. La afición al teatro, heredada de sus padres, podía en él más que nada. Pero estudió intensamente y cuando en 1931 se graduó en la Universidad de Purcell, lo primero que hizo al regresar a casa fue enfrentarse con sus padres y plantearles la cuestión.

—Papá, mamá: he cumplido lo que esperabais de mí. He estudiado, me he graduado con un puesto honroso, tengo diecisiete años y no quiero oír hablar más de estudios ni de Universidades. Quiero ser actor, como vosotros. Lo he pensado mucho en estos años y mi decisión es irrevocable. No pretendáis torcerla porque no lo conseguiréis —dijo, con aquella gravedad y agresividad que le eran tan peculiares.

—Pero, hijo — respondió Tyrone padre—, ¿por qué íbamos a torcer tu vocación? Si esa decisión tuya es la mayor alegría que he recibido en muchos años. ¿Ves, Patia, como yo tenía razón? — añadió, volviéndose hacia su mujer—. Ya te lo dije cuando nació el chico. Un hijo mío no podía ser otra cosa que actor. De acuerdo, Ty; yo te enseñaré todo lo que sea preciso para que alcances la fama rápidamente. Pero tendrás que trabajar de firme. te lo advierto. Voy a ocuparme de ti desde ahora mismo. Empezaremos por ensayar y aprender algunas de las obras de Shakespeare que he representado con tu madre. ¿Qué te parecería si nos fuéramos, tú y yo solitos, a algún rincón apartado de Quebec, a las montañas, por ejemplo, y nos dedicáramos allí por entero al trabajo?

—¡Oh, papá! Sería magnífico. De veras, me parece una idea estupenda.

—Pues de acuerdo, hijo. Nos iremos mañana.

El viaje fue maravilloso. El joven Ty descubría al mismo tiempo que un mundo nuevo en los libres y abiertos espacios de la espléndida naturaleza canadiense, aquel mundo del arte que antes sólo entreviera entre la estrechez de los camerinos y la luz artificial de las candelillas. Por otra parte, su padre era un maestro maravilloso. Conocía a Shakespeare a fondo y sabía arrancar del mundo shakesperiano las más profundas enseñanzas, no sólo artísticas, sino humanas. Ty creía nacer a una nueva vida; jamás podría ya separar de su ánimo las elevadas cimas de paisaje canadiense, los inmensos abetos cubiertos de nieve casi todo el año, el rumor de las

cascadas que produce el deshielo al iniciarse en la primavera, la paz de las extensas llanuras en que se pierde la mirada, de la impetuosa corriente del verso shakesperiano, donde a cada paso brota la pasión desbordada en una sucesión de imágenes que forman la más maravillosa selva de poesía que se pueda soñar. Aquellos meses pasados con su padre, en íntima comunión, debían constituir, más adelante, el recuerdo más emotivo y querido de toda su existencia.

Cuando regresaron, se hallaba en perfectas condiciones de triunfar. Su padre consiguió que le asignaran pequeños papeles en varias obras del gran dramaturgo inglés; hasta que, por último, ya en un papel más importante, le hizo aparecer a su lado en «El mercader de Venecia». El porvenir se presentaba risueño para el joven y ambicioso Ty. La crítica señalaba sus pequeñas actuaciones con elogio y el joven sabía que, teniendo a su padre a su lado para alentarlo y enseñarle, muy pronto la fama sería suya.

—Contigo todo es tan fácil, papá! — solía decir el muchacho, que admiraba a su progenitor en todos los aspectos.

—Sí, hijo, pero recuerda que yo ya tengo el camino trillado... Mientras que tú tienes que desbrozarlo todavía... Y conviene que lo hagas sin mi ayuda. Yo ya soy viejo y quisiera dejarte bien situado en el teatro... Un nombre ilustre en las tablas, como el nuestro, no lo es todo, hijo, no lo olvides. Más bien diría yo que es un inconveniente antes que una ventaja, pues te obliga a triunfar... o a hundirte. Todavía tienes mucho que aprender, Ty. Por lo pronto, voy a llevarte a Hollywood contigo; quiero que participes en mi próxima película,

«El milagro». No me será difícil conseguir que te asignen un pequeño papel en el reparto. La experiencia cinematográfica es muy provechosa en estos tiempos, hijo mío. Además, allí se alcanza la celebridad mucho más de prisa que en las tablas...

A Ty le entusiasmó la idea. ¡Trabajar en el cine! Aquello sí que sería estupendo. Hizo las maletas apresuradamente, se despidió de su madre y de su hermana... y partió al encuentro de la Fama, que él suponía aguardándole con los brazos abiertos en Hollywood. Una dama, en efecto, les salió al encuentro apenas llegados a la ciudad del cine... Pero no la Fama, como él esperaba, sino una dama triste y negra que, implacable, le separó de lo que él más quería en el mundo: su padre, Tyrone Power II, murió apenas llegado a Hollywood, sin tener siquiera tiempo de presentar a su hijo a los directivos de los Estudios. El muchacho se encontró de pronto solo y desamparado, sin ningún apoyo y teniendo a su cargo a su madre y a su hermana. Desesperado y cansado de llamar a la puerta de todos los Estudios de Hollywood, Ty aceptó una plaza de acomodador en un teatro de la ciudad. El trabajo no era cansado y, aunque no respondiera a sus aspiraciones, por lo menos le permitía estar cerca de la escena y vivir todas las noches, desde su humilde rincón, las comedias que otros representaban. Se había convertido en un muchacho muy atractivo, de facciones correctas, ojos oscuros, que al sonreír parecían iluminarse hasta parecer verdes bajo unas pestafías larguissimas. Su madre solía decirle:

—Ty, hijo mío, reúnes todas las condiciones para triunfar en la vida. No puedo verte resignado a ese horrible empleo de acomodador. Con tu físico,

tus condiciones y la herencia que tienes, deberías ocupar ya un primer puesto entre los actores jóvenes. Abandona ese empleo. Ya saldremos adelante. Lo importante es que tú triunfes...

—Pero, mamá, no puedo dejar el empleo «ahora» precisamente...

—¿Por qué? —inquirió su madre.

Ty no quiso dar explicaciones. Lo cierto era que se había enamorado de la taquillera del teatro, una muchachita humilde que le adoraba sin pensar en las glorias que pudieran aguardarle al muchacho. Se llamaba Mary y era menuda, morena, más bien insignificante, pero llena de ternura e ingenuidad. El noviazgo había florecido con todo el candor de la adolescencia. Ty soñaba con hacerla su esposa y tener en su hogar, con el andar del tiempo, media docena de niños. El primer día que hablaron de esto, Ty lo declaró abiertamente:

—Mary, amor mío, ¿te gustan los niños?

—¿Qué si me gustan? Los adoro, Ty. Siempre he soñado con tener un montón de hijos...

—Pues los tendremos, Mary. Nos casaremos en seguida... Porque, ¿tú quieres casarte conmigo, verdad?

Mary no respondió. Echó los brazos al cuello del muchacho y atrayéndole dulcemente hacia ella, le besó con pasión.

—Gracias, amor mío. No podías darme mejor respuesta. Esta misma noche le hablaré a mi madre.

Patia Power recibió la noticia sin inmutarse. No hizo el menor comentario, pero inmediatamente se prometió a sí misma romper de raíz aquel idilio con una muchacha pobre y sin aspiraciones que sólo podía ser un obstáculo para el futuro de Ty. Su hijo debía ser actor; ella le había edu-

cado para triunfar en la vida, para ocupar un primer puesto en la escena. Si no ponía remedio inmediato, si alentaba lo más mínimo aquellos amores, la carrera de su hijo quedaría truncada. Buena diplomática, sin embargo, y conocedora del carácter de su hijo, no puso obstáculos y aparentó recibir la noticia con extrema condescendencia.

—Muy bien, Ty. Me gustaría conocer a la chica. ¿Por qué no la invitas a dar un paseo en automóvil? Yo os acompañaré con mucho gusto.

Sabía bien la orgullosa dama que su hijo había de sentirse molesto con su presencia y, sobre todo, sabía que al acompañar a la chica hasta su humilde casita, ésta sufriría la vergüenza y humillación que no podría perdonar al hombre en quien había puesto todas sus ilusiones de joven enamorada.

Y, en efecto, las cosas sucedieron tal como la señora Power había planeado. Al principio, todo fue bien; Patia hizo alarde de una amabilidad y cortesía extraordinarias; trató a los tórtolos con todo cariño y pareció, incluso, entusiasmarse con el candor y la juventud de Mary. Tyrone, sin embargo, se sentía molesto. A solas con la muchacha, el futuro se le aparecía claro, diáfano; pero en compañía de su madre, las cosas tomaban a sus ojos, un tinte muy distinto. No había duda que entre ellos y la muchacha existía una gran diferencia de educación y de clase. Sus ojos empeñaron a mirarla más fríamente, a aquilar los pros y los contras de aquel amor... Y cuando al anochecer acompañaron a Mary hasta su casa, ésta tenía los ojos húmedos de llanto y se separó de Ty a sabiendas de que su idilio había terminado.

En efecto, en los días que siguieron, Ty procuró

esquivarla e incluso, para no verse obligado a encontrarse con ella a todas horas, abandonó su empleo en el teatro. Su madre se tranquilizó.

—Has hecho bien, Ty. Ese empleo no era digno de ti. Tú puedes aspirar a mucho más —le dijo. Pero no nombró a la muchacha—. ¿Por qué no te vas unos días a Chicago? Con motivo de la Gran Exposición, quizás encuentres una buena oportunidad. Oye, ¿no era de Chicago aquel muchacho amigo tuyo de la Universidad? Roger, creo que se llamaba... El podría ayudarte.

Ty no se hizo rogar. Sí, sería una buena idea. Roger estaba bien situado, tenía amistades influyentes que tal vez pudieran ayudarle. Además, sería un buen pretexto para abandonar la ciudad... y la familia. Ty se sentía un poco incómodo en casa, después de lo ocurrido con Mary. Tal vez, en su interior, no le perdonaba a su madre la estratagema. Roto su sueño amoroso, nuevamente la ambición, una ambición desbordada, se había despertado en él.

* * *

Roger le facilitó el primer paso hacia la fama. Le presentó al empresario de una compañía teatral que estaba actuando en la ciudad y éste le asignó un puesto, si no muy importante, seguro. Allí trabajó Ty por espacio de dos años hasta que en 1934 consiguió el papel de Freddie en la obra «Romance», debutando en el Blackstone Theatre de Chicago. Cuando terminó su actuación, que duró dos meses, pasó a Nueva York, contratado por uno de los más grandes directores teatrales de Broadway, Wunther MacClintic, como suplente

de Burgess Meredith. Al terminar la temporada hizo una gira veraniega por varias ciudades del Estado en la misma compañía. Y al iniciarse el año 1935, MacClintic le confió el papel de Benolio en «Romeo y Julieta» e inmediatamente le puso como oponente de su mujer, la famosa actriz Katherine Cornell, en «Santa Juana», de Bernard Shaw. Su camino triunfal hacia la fama empezaba a desbrozarse. Tenía ahora veintiún años y había conseguido lo que tantas veces soñara su padre: ver su nombre, el nombre de Tyrone Power III, nuevamente luciendo en la fachada de uno de los más importantes teatros de Broadway.

Burgess Meredith, que sostenía con él una gran amistad desde que Ty desempeñara el puesto de suplente suyo en el teatro —por cierto que, durante los seis meses que estuvo allí, no tuvo ocasión de sustituirle ni una sola vez— le abordó un día.

—Oye, Tyrone, esta noche cenó con Darryl F. Zanuck, ya sabes, el magnate de la 20th Century Fox. Es un buen amigo mío, ¿por qué no me acompañas? Sé que anda buscando gente joven para sus próximas películas... Tu eres fotogénico, y además has demostrado que tienes pasta de actor... Si consigues interesarle, tu suerte está echada, muchacho. Vamos, ánimate.

Tyrone no tenía que animarse, ciertamente. No había dejado de soñar con Hollywood desde el día en que llegara allí con su padre. Aceptó, pues, sin vacilar. Tyrone era un muchacho simpático, sencillo y cordial, y aquella chispa de risa que saltaba a sus ojos a la menor oportunidad, aun sin él quererlo, le hacía doblemente atractivo para todo el mundo. Zanuck quedó gratamente sor-

prendido por su prestancia varonil, la corrección de su físico y aquel don de gentes, tan peculiar en él, que le hacía aparecer amable con todos sin gastar melosidades con nadie.

—Venga a verme mañana, muchacho. Creo que nos entenderemos. El instinto no suele fallarme y creo que voy a hacer de usted un astro de primera magnitud...

Ty hizo un gesto de incredulidad; pero lo cierto fue que la prueba resultó satisfactoria y aquel mismo día firmaba un contrato con la 20th Century Fox.

Esta vez el viaje a Hollywood fue un viaje feliz. La colonia cinematográfica le recibió cordialmente y casi en seguida hizo su primera aparición en la pantalla en la cinta «Aula de señoritas», junto a la actriz francesa Simone Simon. Ciento que su aparición fue fugaz, pero su imagen pareció llenar toda la pantalla. Cuando a continuación interpretó «Café Metropol», con Loretta Young, la crítica le elogió sinceramente. Ty había entrado por la puerta grande en el mundo del cine. Las mujeres le asediaban y sus compañeras de trabajo hablaban de él en unos términos que no dejaban lugar a dudas acerca de sus sentimientos. La propia Loretta declaró a su hermana:

—Ty es encantador, tiene una gran inteligencia pero jamás exhibe sus conocimientos ni su grandeza. Se «siente» su personalidad sin que él la imponga. Los hombres le aprecian porque saben lo que vale; las mujeres, porque comprendemos sus méritos y agradecemos su constante cortesía. Junto a él, una mujer se sabe admirada siempre y apreciada, no sólo por sus atributos físicos, sino

también por su inteligencia. Y esto es muy agradable, ¿no crees?

Tan agradable que Loretta estuvo a punto de romper su compromiso con el director Eddie Sutherland... por causa de Ty. El muchacho, sin embargo, no parecía por el momento interesarse ni por Loretta ni por ninguna otra mujer. Su única ambición era triunfar, llegar rápidamente a la cúspide de la fama. No olvidaba el consejo de su padre y estudiaba y se perfeccionaba sin descanso. Su tercera película, «Lloyd's de Londres» le dio la primera oportunidad de usar camisa con encajes y medias de seda en la pantalla. Su experiencia de las obras de Shakespeare, que ensayara y aprendiera con su padre, le permitió lucir con toda naturalidad y arrogancia los trajes de época que se requerían para el film.

En los dos o tres años que siguieron, Ty se elevó hasta el estrellato en cintas de poca calidad, pero de gran arrastre. El muchachito ambicioso, el niño criado «para triunfar», había alcanzado, al fin, lo que se propusiera. A partir de aquel momento, Ty se dedicó a gozar de la vida y de la fama. Compró una gran casa en Bel Aire, el barrio residencial de Hollywood, y empezó a figurar en las columnas de chismografía de todos los periódicos. Era un hombre guapo, terriblemente guapo, y que ejercía un poderoso atractivo sobre las mujeres. Janet Gaynor, que entonces estaba en la cúspide de la fama, se enamoró de él y durante algún tiempo sus nombres aparecieron siempre unidos en la Prensa local. Tyrone, en realidad, más que amar, se dejaba amar... Parecía como si no hubiese podido olvidar todavía a la muchachita pobre y humilde con quien había

forjado tantos planes en su adolescencia. Cierto que era enamoradizo, que le gustaban las mujeres hermosas (y había tanta mujer bonita en Hollywood!), pero no quería comprometerse con ninguna. Su idilio con Janet Gaynor terminó, tan bruscamente como había comenzado, el día que la estrella tuvo que partir a Nueva York para tomar parte en una representación teatral. Tyrone fue al aeropuerto y se despidió de ella con un largo beso. Los periódicos de la noche, siempre a la caza de noticias sensacionales, reprodujeron aquel beso con gran profusión de fotografías y sabrosos comentarios. Ty los leyó divertido.

—¡Estos periodistas! —dijo a su amigo César Romero—. Ya no saben qué inventar... Si yo no tuviera tan desarrollado el sentido del humor, creo que le rompería las narices a más de uno... Pero no vale la pena. Janet me parece una chica encantadora, pero, la verdad, de eso a querer hacerla mi esposa, hay un verdadero abismo, ¿no crees?

Ciertamente: sólo que el «abismo» había tomado forma de mujer y se llamaba esta vez Sonia Heine. Por un momento, pareció que Ty había encontrado en Sonia la mujer de sus sueños. El idilio fue agitado y turbulento. Tyrone forzaba todas las ocasiones para estar con ella, se mostraba celoso de sus admiradores, descuidaba sus compromisos en el Estudio... Hasta que un día...

* * *

El destino tomó las riendas de la vida de Tyrone. Su estudio, apesar de estar muy disgustado con él, le ofreció el primer papel protagónico en la película «Suez», que iba a rodarse con la actriz

francesa, Annabella. Tyrone tenía que caracterizar en la pantalla a Fernando de Lesseps. Era un papel importante y comprometido. Tyrone se entregó con ardor al trabajo... y a su oponente femenino. En su alma soñadora prendió nuevamente el amor. En las horas que el trabajo en los Estudios les dejaba libres, Tyrone y Annabella daban largos paseos juntos, la mano en la mano, los ojos en los ojos. Formaban una pareja encantadora... aunque ella era bastante mayor que él. Cuando terminó el rodaje de «Suez», Tyrone estaba locamente enamorado de la francesita. La siguió en el viaje que la estrella hizo a Suramérica y luego fueron juntos a París, donde Annabella quería presentarla a su familia. Anteriormente, Annabella había estado casada con Jean Murat, de quien tenía un hijo. Tyrone, amante de los niños, simpatizó en seguida con el pequeño. Era frecuente verles por las calles de París a los tres riendo y disfrutando como chiquillos. Un día que Tyrone fue, como de costumbre, a visitar al niño, le encontró llorando amargamente.

—Ven, Ty, corre; mira lo que le ha pasado a mi lagarto...

El chiquitín tenía un bonito lagarto verde, al que adoraba y a quien casi había domesticado.

Aquella mañana, «Regalon», el lagarto, había aparecido muerto. Tyrone sintió profundamente la pena del chiquillo y le prometió traerle otro lagarto al día siguiente. Durante cuatro largas horas, estuvo intentando cazar otro reptil igual. Cuando al fin lo consiguió y se lo llevó al niño, Annabella le abrazó emocionada y susurró a su oído:

—Tyrone, querido; acabas de darme una prueba de cariño inmensa. ¡Tomarte todo ese trabajo sólo

porque mi pequeño había llorado la muerte de su lagarto «Regalon»! Gracias, querido, gracias...

—No me des las gracias, Annabella... No podía ver llorar al pequeño. Sabes que le quiero mucho. Y a ti también... amor mío. ¿Por qué no nos casamos? Juntos, los tres, formaremos el hogar más dichoso que pueda existir en la tierra...

—Sí, cariño; no deseo otra cosa...

De nada le valieron esta vez a Patia Power sus intrigas. Su hijo Ty, era ahora un hombre hecho y derecho; no consintió que interviniera en su vida, aunque Patia confesó abiertamente que no aprobaba la idea de aquella boda con una mujer mucho mayor que él. Fue todo inútil. La boda se celebró el 23 de abril de 1939, en la intimidad. A partir de aquel momento, Annabella se dedicó por entero a su marido. Tyrone tenía un arrastre indiscutible con el público y la joven se inclinó ante el triunfo de su esposo. Sin la menor vacilación, se retiró de la pantalla.

La armonía conyugal fue perfecta. Tyrone se sentía feliz. Annabella tenía un espíritu romántico y juntos compartían el hogar y sus triunfos, ahora cada vez mayores. En aquellos años, Tyrone filmó: «Tejados de vidrio», «Vinieron las lluvias», «Es mi hombre», «El signo del zorro», «Sangre y arena», «Un americano en la R.A.F.», «El hijo de la furia», «Sé fiel a ti mismo», «El cisne negro» y «Tiburones de acero». Los consejos de Annabella, su experiencia y sus conocimientos cinematográficos, fueron de gran utilidad para Tyrone, que había alcanzado, al fin, la cúspide más alta de

su carrera cinematográfica. Y cuando todo parecía sonreír al «niño criado para triunfar», he aquí que estalla la segunda guerra Mundial y Tyrone tiene que alistarse como todos los jóvenes de su país. Ingresó en la Marina, en las patrullas de desembarco, y fue destinado al Pacífico. Durante tres años luchó allí como otro soldado cualquiera, conquistando el grado de teniente. Durante todo este tiempo, Annabella se dedicó a recorrer los frentes, visitando a los soldados y actuando gratuitamente para ellos.

Cuando en 1945 fue desmovilizado y regresó al hogar, Tyrone había cambiado mucho. Estaba más delgado, la piel tostada le daba un aspecto distinto, parecía más serio, su mirada más reposada. Los tres años de duro entrenamiento en la Marina, las batallas en que había tomado parte activa, le habían hecho, sin duda, envejecer y madurar rápidamente. El hogar, por lo demás, su hogar con Annabella, no le satisfacía ya. Seguían faltando en él la media docena de chiquillos con que soñara en su adolescencia. Ty comprendía que su amor por Annabella iba apagándose como lámpara sin aceite y que una nueva y terrible desilusión invadía su alma.

Annabella acusó el cambio. Trató de reanudar la vida en el punto mismo en que la interrumpieron tres años antes... Abrió de nuevo su suntuosa casa de Brentwood, abandonó toda actividad profesional y volvió a dedicarse en cuerpo y alma a la carrera de su esposo. Visitó a los directivos de la Fox, habló con ellos, discutió, exigió y consiguió, por fin, que asignaran a su marido el primer papel protagónico de la célebre novela de Somerset Maugham «El filo de la navaja», que

iba a ser llevada a la pantalla. Ty aceptaba todo esto con una especie de apatía que alarmó seriamente a Annabella.

—¿Qué te ocurre, Ty? Eres distinto desde que has regresado del frente... Parece como si la guerra nos hubiera distanciado por completo... No te entiendo...

—No te preocupes, Ann. Ya pasará. Me cuesta trabajo readaptarme, eso es todo. Si al menos pudiera volar... ¿Sabes? Allá en el Pacífico, algunas veces, cuando no estaba de servicio, un compañero me llevaba con él en su avión... Y era tan maravilloso volar por sobre toda aquella desolación... No puedes imaginarte el alivio tan grande que sentía entonces...

Annabella comprendió y se prometió a sí misma satisfacer aquella ilusión de su marido. El día que finalizaba la filmación de «El filo de la navaja», Annabella fue a recoger a Ty al estudio y le llevó con ella al aeródromo. Allí, ante los ojos asombrados de Ty, le mostró un bonito bimotor de color verde claro.

—Es tuyo, Ty. Para que puedas remontarte a las nubes... cada vez que sientas deseos de huir de la tierra...

—¡Oh, Ann! Eres maravillosa! No encuentro palabras para agradecértelo...

Annabella quiso decirle que no deseaba su agradecimiento, sino una simple palabra de amor... Pero Ty no la pronunció y ella no se atrevió a decir nada. De día en día, Annabella le sentía más distanciado de ella. En la colonia cinematográfica, además, empezaban a circular rumores persistentes acerca de la amistad de Ty con Lana Turner. Tyrone parecía realmente impresionado

por la deslumbrante belleza de la estrellita. Y Lana, por su parte, no ocultaba sus sentimientos. Cuando Ty marchó a Méjico a filmar «El capitán de Castilla», Lana partió apresuradamente tras él y declaró a la Prensa que, de ahora en adelante, aparecería como extra en todas las películas de Ty, para brindarle buena suerte.

Annabella empezó a comprender que su vida matrimonial con Ty estaba irremisiblemente deshecha. No tuvo fuerzas para rebelarse, para luchar por la felicidad que huía... Tyrone había dejado de amarla, ¡qué importaba ya todo! Cuando él le comunicó que tenía el proyecto de hacer una gira en su avión por Suramérica, en compañía de César Romero, Annabella se limitó a responder:

—Está bien, Ty. Yo me iré a París a ver a mi familia...

Sabía bien Annabella que, al regreso de ambos, el divorcio era inevitable.

El afán viajero de Ty le llevó de Suramérica a surcar nuevos cielos en su avión. Llegó hasta África y tuvo que afrontar una violenta tempestad. Fueron unos momentos de verdadera angustia: el tanque empezó a filtrar gasolina. Tyrone y César se vieron obligados a quitarse los zapatos y tirarlos desde arriba por temor de que tuviesen algún clavo que produjera una chispa e hiciera estallar el avión. Cuando al fin pasó el peligro, los dos amigos estaban lívidos de terror. César, con su invariable buen humor, exclamó:

—¡Caramba! Por un momento creí que íbamos a precipitarnos en el mismísimo infierno... Y, francamente, no me hubiera gustado nada presentarme allí sin zapatos...

Tyrone se echó a reír y la atmósfera de angustia que momentos antes les paralizara, se disipó. La emoción de aquella aventura, los nuevos paisajes, la vida libre y despreocupada que llevó en aquellos meses, tuvieron la virtud de extinguir en el alma de Tyrone el fuego fatuo de su amor por Lana. Cuando regresó estaba completamente curado... pero Annabella había iniciado ya los trámites del divorcio.

Durante los dos años que siguieron a la separación, Tyrone se dedicó a viajar por los países asolados por la guerra, en una especie de peregrinación sentimental, buscando, tal vez, inconscientemente, reposo a las ansias de su corazón. Había triunfado en su carrera, tal como se lo propusiera, pero el muchacho romántico y ansioso de amor que había sido siempre, no era feliz. Su fracaso matrimonial había dejado una honda huella en su alma; anhelaba encontrar a la mujer soñada, la mujer que supiera comprender y formar junto a él un hogar en el que las risas y los juegos de aquella media docena de chiquillos, con los que todavía soñaba, fueran una realidad.

Y fue en Roma, en el marco de la Ciudad Eterna, lejos del bullicio y frivolidades de Hollywood, donde, al fin, encontró Ty lo que buscaba. Se lla-

maba Blanca Rosa Welter —conocida en el mundo cinematográfico con el nombre de Linda Christian— hija de madre mejicana, que había sido educada en el sentir y la sinceridad latinos. Tyrone se enamoró de ella apasionadamente apenas la vio. Aquella muchacha parecía ser la respuesta tanto tiempo esperada, para descifrar el secreto de su felicidad. Impetuoso y sinceramente impresionado por la belleza un poco exótica de Linda, Tyrone le declaró su amor pocos días después de conocerla. Fue una noche en el hall del Grand Hotel, de Roma, exactamente el 4 de noviembre de 1948. Había ido a recoger a Linda para ir a cenar juntos. Cuando la vio aparecer en lo alto de la escalera, deslumbrante en su maravilloso traje de noche, Ty corrió escaleras arriba y estrechándola fuertemente contra su corazón, dijo:

—¡Oh, Linda, Linda! Has conseguido volverme loco... Jamás he conocido a una mujer como tú... No me separaré de ti esta noche si no me prometes que te casarás conmigo en seguida...

—Pero, Ty. ¡Qué impetuoso eres! Si acabamos de conocernos...

—¿Y eso qué importa? Yo te he conocido siempre... He estado esperándote años y años... ¿Por qué he de seguir esperando?

Fue aquella una noche memorable para los dos jóvenes. Al regresar al hotel, a altas horas de la noche, Linda subió a su habitación tatareando la canción de George Gershwin «El hombre a quien amo». ¿Estaba ya enamorada? Así lo creía, aunque no tuviera la certeza absoluta de ello. Pero cantaba y esto ya era un buen indicio.

Tyrone no debía olvidar fácilmente aquella visita a Europa. No sólo había sido fructífera en el

terreno personal, ya que había conocido a Linda e iba a casarse con ella, sino que pasó horas intensísimas filmando en un ambiente totalmente distinto al que estaba acostumbrado en Hollywood. En «El príncipe de los zorros», por ejemplo, donde trabajaba junto a Orson Welles y Wanda Hendrix, tuvo la extraña experiencia de filmar sobre los Borgia en los mismos escenarios donde ellos vivieron.

Durante la filmación de esta película, y como tuviera que internarse en el pequeño estado de San Marino para realizar unas escenas en un valle encerrado entre elevadas montañas, Linda, temerosa de que algo pudiera ocurrirle a su amado, le regaló una hermosa medalla de la Virgen de Guadalupe, diciéndole:

—Prométeme llevarla contigo, amor mío... Mi Virgencita te preservará de todo peligro...

—Así lo haré, Linda. Pero tú recuerda que a mi regreso anunciarémos oficialmente la fecha de nuestra boda.

* * *

Fue el 27 de enero de 1949, a las diez y media de la mañana, en la iglesia de Santa Francesca Romana. Desde primeras horas de la mañana, más de cuarenta mil personas se agolparon en las inmediaciones del templo y a lo largo de las calles del trayecto que debía recorrer la comitiva nupcial. En el interior de la iglesia se acomodaron ciento cincuenta invitados y un centenar de periodistas, mientras Tyrone, impecablemente vestido, se ha-

llaba acompañado por sus padrinos de boda y por George Orenstein, sin poder ocultar la emoción y el nerviosismo de que se hallaba poseído.

El altar estaba maravillosamente adornado. Proyectores cedidos por Cinecitta, contribuyeron a realizar la brillantez de la concurrencia, integrada por destacadas figuras de la política, cuerpo diplomático, aristocracia y artistas. La novia, exquisitamente vestida de blanco, entró en el templo del brazo de su padrino, el ingeniero Miglievitch y seguida de sus damas de honor.

En el momento de pronunciar el solemne «Sí, quiero», Tyrone y Linda se miraron a los ojos. Todo un mundo de felicidad asomaba a ellos. Periodistas, fotógrafos, invitados... todo desapareció mágicamente para los enamorados. Era como si, de pronto, se encontrasen los dos solos en una iglesia modesta, arrullados por las melodías del órgano y las palabras: «Os declaro marido y mujer, hasta que la muerte os separe...»

—Hasta que la muerte nos separe, amor mío —repitió Ty.

Terminada la ceremonia, los nuevos esposos se dirigieron a la residencia del embajador de los Estados Unidos, donde se celebró una brillante recepción. En la conferencia de Prensa que el matrimonio Power celebró antes de partir para Suiza e Inglaterra en viaje de luna de miel. Linda declaró a los periodistas:

—Ty es el hombre más encantador del mundo. Es bueno, paciente, simpático y solicito en los menores detalles para serme grato. El ha dado a mi vida un objetivo: ser siempre la mujer que él ha escogido. Y una razón a mi existencia: fundar un hogar que queremos enriquecer con el tesoro de

múltiples sonrisas infantiles. Esta mañana he tomado una decisión inquebrantable: dejar el cine para dedicarme de modo exclusivo a mi hogar. No deseo otra cosa en el mundo.

¿Habría alcanzado Tyrone, al fin, en este su cuarto amor, la verdadera felicidad? Todo pareció corroborarlo al principio. Terminada la luna de miel, partieron juntos para África del Norte, donde Ty debía empezar el rodaje de «La rosa negra», en el corazón del Marruecos francés. Las condiciones en que el equipo tuvo que trabajar fueron todo lo exóticas que se pueda imaginar. No sólo hacía un calor abrasador, sino que hubo que construir, en pleno desierto, toda una pequeña ciudad árabe y manejar una horda de extras que no entendían ni el inglés ni el francés. Como era de esperar, ocurrieron una serie de incidentes fuera de programa. En cierta ocasión, los árabes a sueldo se sublevaron y quisieron llevarse consigo una de las cámaras... en garantía de pago. Otra vez, fue una tempestad de arena que volvió locos a los técnicos que no veían la forma de proteger las delicadas máquinas... Incomodidades, calor, molestias, sustos, fueron las características principales de esta filmación. Pero Linda lo soportó todo con verdadero estoicismo, no consintiendo en separarse de su marido. Cuando al fin regresaron a Hollywood se instalaron en una bonita casa en el barrio residencial de Bel Aire, donde Linda se dispuso a aguardar la llegada de su primer hijo.

Cierto día en que el matrimonio Power presidía el almuerzo mensual de los Corresponsales Extranjeros, como invitados de honor, Linda tuvo que ser trasladada rápidamente al hospital. Pocas horas después, venía al mundo una hermosa niña.

Al recibir la noticia, Ty estaba tan emocionado que no podía hablar... Cuando los periodistas le preguntaron qué nombre le pondría a la pequeña, Tyrone repuso:

—Si hubiera sido un chico, habríamos seguido la tradición de la familia, poniéndole Tyrone. Siendo niña, sólo puede llamarse de una manera: Romana Francesca... Recuerden que Linda y yo nos conocimos en Roma y nos casamos en la iglesia de Santa Francesca Romana...

Muy poco tiempo después, sin embargo, toda esta felicidad empezó a derrumbarse lentamente. Linda olvidó pronto sus promesas de dedicarse exclusivamente al hogar y firmó un contrato con la Casa Columbia. Ty se enfureció, se opuso enérgicamente a que su mujer regresara a la pantalla... pero Linda siguió el camino que se había trazado. Nuevamente, los sueños de un hogar feliz se derrumbaban para Ty. Cuando en 1953 nació la segunda niña, Taryn Stephanie, las relaciones conjugales de Ty y Linda habían llegado al límite de la tirantez. La mujer en quien él pusiera todas sus ilusiones, la muchacha educada «en el sentir y la sinceridad latinos», resultó ser una mujer ambiciosa y de conducta bastante ligera. Un escándalo en el que Linda se vio envuelta, por su desmedida pasión por los brillantes, fue la piedra de toque para que Tyrone se decidiera a entablar la demanda de divorcio.

Era como si un hado adverso le impidiera a Ty, el muchacho «criado para triunfar», alcanzar en la vida lo único que realmente anhelaba: un hogar, un verdadero hogar. Lo tiene todo: fama, dinero, amigos... todo, menos una mujer que le comprenda y que sea capaz de ver en él no ya

al actor favorito de los públicos, sino tan sólo al hombre que es... Ahora, solo y amargado, Ty tal vez echa de menos, cuando se remonta hacia las nubes en su bimotor verde claro... a la mujer que durante diez años fue su compañera y su inspiradora, la mujer a quien, en realidad, debe mucho de lo que actualmente es.

Así es

TYRONE POWER

Antes de ser un actor famoso, visitó en cierta ocasión una ciudad de los Estados Unidos en la que nunca había estado. Se desoriente andando por aquellas calles y tuvo que acercarse a un guardia para preguntar:

—¿Podría usted decirme dónde está la estación?

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Se ha perdido usted?

—¡No! Yo estoy aquí. Lo que se ha perdido es la estación.

Cierto día se encontró por la calle a un individuo que le saludó efusivamente exclamando:

—¡Querido amigo! Estoy muy necesitado. ¿No podría usted darme cinco dólares?

El actor, que conocía bien a aquel hombre y sabía que era un sablista profesional, repuso:

—No. Pero vengase conmigo y le invitaré a comer.

A lo que replicó el otro:

—¡Imposible! Hoy ya he comido tres veces tratando de conseguir cinco dólares.



án a la venta!

DNER. — La estrella que vivió en España una romántica historia de amor. Un actor cómico, un músico, y un célebre cantante intentaron en vano hacerla feliz. Su turbulento matrimonio con Frank Sinatra fue durante un tiempo la página más emocionante de los periódicos de Hollywood.



SUSAN HAYWARD. — En la escuela de párvidos conoció a un niño, que, como ella, soñaba ya con llegar a ser un gran actor. Jeff Chandler es el nombre de aquel niño. La vida de Susan se ve hoy destrozada por una tragedia matrimonial tal vez única en la historia de Hollywood. Y Jeff Chandler, el amigo de la infancia, acude a consolarla en su desgracia.



VAN JOHNSON. — Uno de los actores que más han tenido que luchar para conseguir un puesto en Hollywood. Cuando todo parecía haberse solucionado para él, un accidente de automóvil produjo tales cicatrices en su rostro que se temió tuviera que retirarse definitivamente de la escena. Su fuerza de voluntad se ve hoy premiada al ser considerado uno de los mejores actores de la actualidad.



TITULOS EN PRENSA



KIRK DOUGLAS

Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador pagó sus estudios en la universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototípico de hombre tenaz y luchador incansable

AUDREY HEPBURN

Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial. Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi», y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que habría de convertirse en su esposo.



VITTORIO GASSMAN

Shelley Winters le calificó de «calculador y egosita», afirmando que se había casado con ella sólo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amores que no consiguieron hallar un recinto de paz.



JOAN CRAWFORD

Lucha contra la miseria y la adversidad en su juventud, fregando platos y sirviendo mesas. Cuando consigue alcanzar un primer puesto en el cine, se ve amenazada por el escándalo de un pasado en los escenarios de «burlesque». Douglas Fairbanks, Franchot Tone, y Philip Terry, representan para ella tres matrimonios sin éxito.

